

¿RELIGIÓN O POLÍTICA?  
LAS GUERRAS CONFESIONALES EN EUROPA,  
1555-1598

José Antonio MARTÍNEZ TORRES<sup>1</sup>

*Nosotros, los alemanes, pecamos y somos esclavos del pecado, vivimos en los placeres carnales y nos arrojamos a la libertad con el corazón alegre... Estamos muy contentos de habernos desembarazado del Papa, de los oficiales y de las otras leyes, pero también de saber cómo debe servirse a Cristo.*

LUTERO

*Lo maravilloso de la guerra es que cada jefe de asesinos hace bendecir sus banderas e invoca solemnemente a Dios antes de lanzarse a exterminar a su prójimo.*

VOLTAIRE

*Existe una pasión anticatólica. De ella se nutre toda la lucha contra el papismo, el jesuitismo y el clericalismo, que ha dominado varios siglos de la historia europea con una gigantesca movilización de energías religiosas y políticas.*

CARL SCHMITT

La serie de guerras que libraron los católicos contra los protestantes durante la segunda mitad del siglo XVI constituye una de las más grandes tragedias sufridas por el viejo continente europeo. Esta afirmación, que viene a ser recurrente en la mayoría de los manuales y ensayos especializados, se ha convertido en algo tan obvio que apenas necesita dis-

---

<sup>1</sup> UNED.

cusión hoy en día. No ocurre lo mismo con las causas de tan lamentables y desgraciados incidentes. A pesar de que no existe un amplio consenso entre los especialistas en este seminal y fascinante tema, no es arriesgado indicar que estas guerras, que germinaron en Europa central a principios del siglo XVI, que afectaron prácticamente a toda su población y que, en definitiva, se redimensionaron espectacularmente en los últimos cuarenta y cinco años de la centuria, se debieron fundamentalmente a una fatídica confusión entre religión y política. La historiografía alemana<sup>2</sup>, sin duda alguna la más preocupada por el binomio Reforma y Contrarreforma, así nos lo viene recordando desde después de la segunda mitad del pasado siglo XX, que es cuando mayor intensidad alcanzó el debate sobre tales cuestiones. Es más, esta historiografía aún va más allá indicando que el hecho de no diferenciar –forzosamente o no– entre religión y política no es una característica propia de las sociedades del *Ancien régime*, sino incluso de nuestros días.

Sin entrar en mayores profundidades y detalles, lo cierto es que esta confusión entre religión y política a la que me vengo refiriendo sólo se fue volatizando de forma gradual y transitoria después de la Paz de Westfalia de 1648. No obstante, con anterioridad a tan significativa fecha es posible encontrar testimonios de numerosos europeos –intelectuales o no– que lamentaban que la religión fuera utilizada en su tiempo de una forma tan irreligiosa. Michel de Montaigne (1533-1592), por ejemplo, indicaba a propósito de las guerras de religión en Francia lo siguiente:

*«...quien quisiera elegir dentro del ejército, incluso del que ha sido reclutado por el rey a quienes han tomado las armas por celo religioso, a duras penas podría llegar a reunir una compañía completa de gente armada.»*

Esta cruda pero certera opinión de Montaigne, extraída de sus célebres *Essays* (1575) por Richard Mackenney, no debería llevarnos a ver la religión como una especie de corsé del que hubo que deshacerse para que la política pudiera emerger en su forma secular o maquiaveliana, señala Carl Schmitt en su *Politische Theologie* (1922). Esta progresión, si es que llegó a producirse, ni fue lineal ni afectó por igual a todos los estados de Europa. La pugna Habsburgo-Valois, por ejemplo, que jalona toda la primera mitad del siglo XVI pero que fue relanzada a principios del siglo XVII, no fue religiosa, sino por el liderazgo y la supremacía de Europa<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> *Vid.*, los trabajos de Heinrich Lutz y Konrad Repgen citados en la bibliografía.

<sup>3</sup> KOSELLECK, Reinhart: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993; del mismo autor, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, 2001.

Enrique IV (1589-1610), subraya Gaston Zeller en un antiguo pero brillante trabajo, en Felipe III (1598-1621) «vio asomar un nuevo Carlos V», lo que hizo que se sintiera empujado a representar a Francisco I (1515-1547). Luis XIV (1643-1715) actuó del mismo modo pero con Carlos II (1665-1700), el último soberano de la Casa de Austria en España. La búsqueda de la *monarchia universalis*, al igual que la descodificación de la política europea de este momento acudiendo a los fundamentos dinásticos como clave interpretativa no deben verse como un anacronismo incluso a mediados del siglo XVIII, indican certeramente Franz Bosbach y Günter Barudio.

La digresión sobre religión y política a la que me vengo refiriendo no pretende eludir el tema que aquí nos ocupa. Insistiendo en nuestra cuestión de estudio, de entrada he de indicar que no es fácil contabilizar el total de guerras que se libraron en Europa a lo largo de toda la Edad Moderna. No obstante, algunas investigaciones que se han ocupado de esta temática señalan que, entre finales del siglo XV y el XVIII, se produjeron aproximadamente doscientas cincuenta guerras en Europa. Según Konrad Repgen, sin duda alguna uno de los máximos especialistas en esta materia, entre 1529 y 1689 una docena y media de guerras o dos docenas a lo sumo tuvieron a la religión como causa principal. Geoffrey Parker, otro de los máximos especialistas en historia militar de la Edad Moderna, complementa las afirmaciones de Repgen cuando nos dice que la Monarquía de Felipe II solamente disfrutó de paz durante seis meses, entre febrero y septiembre de 1577, «cuando cesaron las hostilidades tanto en los Países Bajos como en el Mediterráneo».

En definitiva, podemos afirmar que desde 1520 (aparición de los escritos reformadores más importantes de Lutero) hasta la Paz Religiosa de Augsburgo de 1555 (*cuis regio, eius religio*) la religión ayudó a crear la soberanía territorial de la mayoría de los estados europeos del momento; desde esta última fecha hasta 1648 la religión casi acabó con el peculiar orden político que ella misma había ayudado a crear dando origen a una serie de encarnizados y localizados conflictos que fragmentaron Europa en distintos escenarios bélicos. ¿Cómo se desarrolló la lucha confesional en el Imperio, Francia, los Países Bajos, Inglaterra y Escocia? ¿Por qué fracasó la política pro-católica de España? Y finalmente: ¿en qué situación se encontraba Europa al filo del siglo XVII? La respuesta a tales preguntas es el propósito de este apretado texto, que no es más que una interpretación que parte, en clave política, de lo mucho y bueno publicado hasta hoy en Alemania desde que Leopold Ranke sacara a la luz su polémica pero densa *Historia de Alemania en la Era de la Reforma* (1839-1847).

*El Imperio tras la muerte del Emperador Carlos V*

Después de la Paz Religiosa (1555) y de las particiones habsbúrgicas (1555-1558), la situación en el Imperio era de aparente tranquilidad. Heinrich Lutz, que es uno de los mejores conocedores de la historia política centroeuropea de esta época, así lo manifiesta en su *Reformation und Gegenreformation* (1982). La traumática experiencia que sufrió el Imperio tras la guerra de los campesinos (1524-1526) y los desencuentros en materia religiosa, subraya este historiador, no se comprende si dejamos a un lado las interminables luchas confesionales en Francia y los Países Bajos, así como la amenaza del Imperio otomano, siempre a las puertas de la asediada Viena. La *constitución imperial*, que como es sabido fue modificada sustancialmente en 1555, parecía que dejaba un espacio libre a una convivencia pacífica entre católicos y luteranos, al menos durante el tiempo en que viviera aquella generación de príncipes, consejeros y publicistas que con su obstinado esfuerzo y empeño habían contribuido a crear el orden de Augsburgo.

Fernando I (1556-1564), que heredó la dignidad imperial nada más morir su hermano Carlos V (1519-1556), durante su breve pero fructífero período al frente del Imperio mantuvo siempre la esperanza de celebrar una *concordia general* entre las distintas confesiones que había en su territorio. Sin embargo, murió sin llegar a verla realizada. Su hijo y sucesor, Maximiliano II (1564-1576), que siempre fue más enérgico que su padre en la necesaria función de mediar entre las confesiones en litigio, sí hizo esfuerzos en esta dirección. Aunque sus creencias religiosas todavía son objeto de una agria y encendida polémica en Alemania (se afirma que en algunas ocasiones apoyó a los protestantes), lo cierto es que nunca llegó a definirse partidario de un credo distinto al de Roma. Por ejemplo, en la Dieta de Augsburgo de 1566, que sobre todo estuvo destinada a recaudar fondos para afrontar el sempiterno «peligro turco», no dudó en asumir los decretos acordados en el Concilio de Trento (1545-1563), de acuerdo con los estados católicos del Imperio.

Con Rodolfo II (1576-1612), que había sido educado en España y residía en la ciudad de Praga rodeado de arte, alquimia, esoterismo y astrología<sup>4</sup>, se activa una política pro-católica muy en la línea de Felipe II (1556-

---

<sup>4</sup> Además del clásico y fundamental trabajo de R. J. W. EVANS (*Rudolf II and his world. A study on intellectual history*, Oxford, 1973), son interesantes las páginas que, a este Emperador, le dedica Marina BELOZERSKAYA en *La jirafa de los Medici y otros relatos sobre los animales exóticos y el poder*, Barcelona, 2008. En este trabajo se menciona que la «melancolía» del Emperador era aliviada por dos leones traídos de África que estaban enjaulados en los jardines imperiales.

1598). Este gesto de seguidismo, característico de la política dinástica de esta época, tuvo como consecuencia más inmediata un empeoramiento del conflicto confesional en las principales poblaciones del Imperio. En pocos años se produjeron tumultos territoriales que tuvieron como centro neurálgico Austria, pero que rápidamente se extendieron por todo el Imperio gracias al doble apoyo prestado por el «partido calvinista» y la nobleza protestante de Bohemia y Hungría, siempre crítica con el omnímodo poder imperial.

Fuera de Austria, Baviera se convirtió, bajo el duque Alberto V (1550-1579) y su sucesor Guillermo V (1579-1595), en una de las primeras potencias de la Europa de la Contrarreforma. Los protestantes de estos territorios, al igual que los de Bohemia, Hungría y Austria, fueron objeto de una rigurosa y metódica represión a partir de 1564. Resulta difícil dar cifras, pero algunos autores mencionan la muerte de varios centenares de protestantes en solo un año.

En definitiva, en el Imperio, el proceso de descomposición territorial progresó asociado a los enfrentamientos entre las distintas confesiones. Este conflicto general estaba hondamente enraizado en la libre interpretación que cada cual daba a la Paz Religiosa de 1555, por eso explotaba una y otra vez. La débil posición en la que se encontraba el Emperador tras la muerte de Carlos V (1558) unido a la imparable influencia que, desde 1520, estaban adquiriendo los textos doctrinales de Lutero en las mentes de los alemanes, agravaba aún más las cosas. De resultas de todo ello, a principios del siglo XVII se produjo la fundación de alianzas defensivas de confesiones que buscaban su perduración en el apoyo político y económico brindado por las potencias del exterior. La Unión de los protestantes (Palatinado, Baden...), fundada en 1608, lo hacía de Francia, los Países Bajos e Inglaterra; la Liga católica, liderada por el duque Maximiliano I de Baviera (1598-1651), y a la que pertenecían la mayoría de los príncipes eclesiásticos del Imperio, se apoyaba en España y Roma.

### *Francia y la rebelión de los Países Bajos*

Con la muerte de Enrique II (1559), Francia se convirtió en un verdadero laboratorio de la lucha confesional europea como consecuencia directa de la debilidad del poder central y de la poderosa y creciente intervención de una serie de fuerzas políticas del exterior (España y Roma sobre todo). De resultas de todo ello, tanto en las ciudades como en el campo francés se produjo una fuerte polarización social agravada, aún más si cabe, con el

anuncio de los primeros síntomas de una coyuntura económica muy adversa (crisis general del siglo XVII)<sup>5</sup>. El estado que surgió en Francia tras estos delicados momentos de guerra civil, hambre y desabastecimiento era más centralista que antes y menos dependiente de la Iglesia de Roma. Tan importante novedad no es la única a constatar. La guerra civil francesa, señala Pérez Zagorin, «fue la primera revolución europea donde la prensa, el panfleto y la propaganda política jugaron un papel vital en los acontecimientos». Pierre de l'Estoile (1546-1611), famoso letrado parisino y coleccionista de algunos de estos opúsculos, corrobora esta afirmación al señalar que «no había imprenta, por pequeña y pobre que fuera, que no encontrara medio de funcionar diariamente con algún libelo difamatorio»<sup>6</sup>.

Como es sabido, la sucesión de Enrique II estuvo de parte de Francisco II (1559-1560), un joven de quince años de naturaleza enfermiza. Jean Mariéjol, Ernest Lavisse, Lucien Romier, Georges Livet y Corrado Vivanti, autores de algunos de los mejores trabajos sobre este convulso periodo así nos lo recuerdan, e incluso nos indican que debido a la falta de dotes de gobierno del monarca los protestantes tuvieron en Francia más peso político que antes. Mientras en París y en el nordeste francés predominaba la confesión católica, en la Provenza, en el Languedoc, en el Midi y en el oeste, desde Navarra hasta Nantes, los núcleos protestantes eran mayoría. En el campo, los terratenientes, con sus campesinos, apoyaban la Reforma. La alta nobleza y el patriciado de las ciudades también. No obstante, y a fin de no caer en simplificaciones que nos lleven a ver un centro contra-reformista y una periferia reformista, conviene advertir que en París, en el seno de la Corte, existían dos grupos que desde hacía algún tiempo rivalizaban por el poder. Por un lado se encontraba el grupo de príncipes de la Casa de Lorena-Guisa, estrictamente católico, con influencia en la Francia oriental, y cuyo más característico exponente era el cardenal Carlos de Lorena. A ellos se enfrentaba el grupo de los «príncipes de la sangre» de la Casa de Borbón, una línea lateral de los Valois, y con peso en la Francia central y occidental. Los príncipes de la sangre estaban aliados con los hermanos Châtillon (el cardenal Odet y el almirante Gaspar de Coligny), cuya disposición anti-Lorena venía ya de antiguo.

La repentina pero esperada muerte de Francisco II convirtió a Catalina de Medici (1519-1589) en regente de Carlos IX (1560-1574) y le otor-

<sup>5</sup> La mejor exposición de conjunto sobre estos delicados momentos de crisis sigue siendo la compilación de ASTON, Trevor (ed.): *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, 1983.

<sup>6</sup> PALLIER, Denis: *Recherches sur l'imprimerie à Paris pendant la Ligue (1585-1594)*, París, 1975, p. 56, citado por PÉREZ ZAGORÍN: *Revoluciones y revueltas en la Edad Moderna*, Madrid, 1986, II, p. 77, nota 13.

gó el importante e inesperado *rol* de mediadora del conflicto religioso. La celebración del Coloquio religioso de Poissy (1561) y la instauración de un edicto de tolerancia (1562), todo ello a instancias de la reina, de ningún modo pudieron evitar las confrontaciones. Las tres primeras guerras de religión, que prácticamente asolaron todo el hexágono francés entre 1562 y 1570, no trajeron ninguna solución política. Los protestantes, organizados cada vez mejor como grupo político-religioso de presión gracias a la destreza e inteligencia del almirante Coligny (aspiraba a una guerra nacional contra España que uniese en Francia a católicos y protestantes), obtuvieron libertades que eran impensables años antes. Los futuros planes de Coligny y la creciente presión del grupo hugonote en la Corte ponían seriamente en peligro la adquirida posición de *médiatrice* de Catalina de Medici, por lo que no dudó en ordenar un frío y vil atentado contra Coligny el 22 de agosto de 1572. El malestar de los máximos dirigentes hugonotes por la muerte del almirante fue cortocircuitado con rapidez y dureza en ese triste y célebre baño de sangre conocido como la matanza de la noche de San Bartolomé del 23 al 24 de agosto. Aún hoy en día la cifra de asesinatos que se baraja es espeluznante: 13.000 muertos, 3.000 en París, y unos 10.000 en provincias. La relevancia histórica de esta masacre radica no tanto en los espantosos episodios personales, como en mostrar el poder que podía llegar a tener una pasión sectaria, capaz de acabar con toda una civilización. Porque no se trataba del exterminio de musulmanes y judíos; se trataba de cristianos que aniquilaban a otros cristianos que no eran enemigos extranjeros sino sus vecinos, con quienes ellos y sus antepasados habían vivido durante casi mil años en una *communitas christiana*.

En cualquier caso, la lucha en Francia no había hecho más que comenzar, y como complicación añadida a la cartografía confesional descrita tenemos que apuntar un nuevo e importante elemento en discordia, resultante de la división entre los católicos franceses. En efecto, bajo la dirección de los Guisa se fue formando un ala radical en la Liga que se orientó progresivamente hacia las posturas de España y Roma. Durante los primeros meses de 1572 los grupos católicos moderados, los partidarios de una vía media de entendimiento y los elementos monárquicos religiosamente indiferentes no encajaban en la liza que estaba teniendo lugar. Las cosas cambiaron de repente en 1573, cuando estos grupos decidieron agruparse como tercera fuerza en el denominado partido de los políticos. Uno de sus máximos exponentes fue el célebre pensador de Angers Jean Bodin (1530-1596), cuya obra programática los *Six livres de la République* (1576) mostraba su concepción de un estado soberano liberado de todo vínculo religioso. Este

importante trabajo, que como Denis Richet nos ha recordado, fue escrito «para refutar los panfletos protestantes de la década de 1570», suele verse como un verdadero *vademécum* del absolutismo más radical, pero lo cierto es que es toda una lección teórica de equilibrio, preocupada por definir la soberanía con rigor, así como los límites de su ejercicio.

Sea como fuere, lo cierto es que esta tercera fuerza, la de los *politiques* (recordemos que eran católicos que colocaban la existencia del estado por encima de la victoria definitiva de su religión), se convirtió en la década de los ochenta en el elemento esencial para la resolución final de las Guerras de Religión en Francia. Tras la muerte de Carlos IX en 1574, sucedió legítimamente a éste Enrique III (1575-1589), que no tuvo hijos. En 1584 fallecía también su hermano, Francisco de Anjou. Otro factor complicaba la situación política de Francia: el fin de la Casa de Valois. Enrique de Navarra, sin duda alguna el pretendiente más cualificado al trono francés, era ahora líder de los hugonotes. Felipe II no se podía quedar de brazos cruzados: el temor a la ascensión de un monarca protestante le indujo a intervenir más directamente en la política francesa.

Los territorios de los Países Bajos, que Felipe II heredó de Carlos V en 1555, tenían en su origen un viejo núcleo borgoñón, pero sólo la acción del Emperador dotó a este heterogéneo conjunto formado por diecisiete provincias de una coherencia territorial. A diferencia del Emperador, Felipe II, «el monarca más poderoso de la Cristiandad», que llegó a mandar en un Imperio «donde el sol ni se levanta(ba) ni se pon(ía)»<sup>7</sup>, ni era natural de estas tierras ni gozaba del seguro jurídico-constitucional que implicaba la vinculación imperial. Era evidente que desde 1555 los Países Bajos no encajaban en el conjunto de posesiones que formaban la «monarquía compuesta»<sup>8</sup> filipina. No era un caso aislado, pues la dispersa y heterogénea herencia dinástico-territorial de los Austria ya había planteado quebraderos de cabeza a los publicistas hispanos con las posesiones de América, y lo haría algo más tarde con la conquista de Portugal en 1580<sup>9</sup>.

Otro elemento que vino a enrarecer y dificultar aún más si cabe las relaciones de Felipe II con sus súbditos en el norte de Europa fue el de la unión económica y política entre los Países Bajos e Inglaterra, que fracasó por la muerte sin hijos de la reina María Tudor (1553-1558). El agotamiento eco-

---

<sup>7</sup> OWEN FELTHAM: *A brief character of the Low Countries*, Londres, 1652, pp. 84-85, citado por PARKER, Geoffrey: *Felipe II*, Madrid, 1995, p. 210, nota 1.

<sup>8</sup> La expresión la ha hecho célebre John H. ELLIOTT en un imprescindible artículo: «A Europe of composite monarchies», *Past and Present*, 137 (1992), pp. 48-71.

<sup>9</sup> PAGDEN, Anthony: *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Barcelona, 1997, capítulos 2 y 3.

nómico y financiero de estos territorios por la guerra, el hambre y las enfermedades ligadas a la miseria también contribuyó. No obstante, la chispa que encendió el conflicto debemos hallarla en las nuevas condiciones religiosas y político-administrativas que impuso un imprudente Felipe II nada más abandonar Bruselas en 1559. Lógicamente la propagación del movimiento reformista fue contestada con una dura represión por parte de la Inquisición y con la creación de un total de catorce nuevos obispados con derecho de nombramiento real. Desde este mismo momento, en los Países Bajos los problemas burocráticos y financieros fueron resueltos a la *maniera castigliana*. Es decir, el soberano, asesorado por sus consejeros más fieles pero sin el concurso de las Cortes, tenía la decisión última en cuestiones políticas, religiosas y económicas.

La resistencia al rey de España, literalmente acusado de tirano y traidor al *ius commune*, no tardó en producirse, realizándose en fases claramente diferenciadoras según el grupo que liderara la rebelión. En 1564, por ejemplo, le tocó el turno al «partido de los gobernadores» (Egmont, Horn y Guillermo de Orange), todos ellos católicos y miembros de la aristocracia de más alta alcurnia. La connivencia de la gobernadora Margarita de Parma (1522-1586) con este grupo motivó la expulsión del cardenal Granvela (1517-1586), representante en el Consejo de Estado de la política española. Dos años después, en 1566, cuando el conflicto estaba más agravado, surgió en escena la baja nobleza calvinista (Enrique de Brederode, Philipp Marnix de Saint Aldegonde). Sus exigencias iban mucho más allá de las reclamadas hasta entonces por la aristocracia: abolición de la Inquisición, derogación de los edictos de religión y convocatoria urgente de los Estados Generales. Una desgraciada pero latente situación empeoró aún más el conflicto en estos primeros momentos. Y es que en muchas poblaciones flamencas se saquearon y profanaron templos católicos. Con el firme ánimo de frenar todos estos desórdenes iconoclastas, en 1567 Felipe II mandó al duque de Alba (1507-1582) a los Países Bajos. Los procesos sumarísimos y las ejecuciones masivas fueron la tónica de las fuerzas de ocupación españolas, todo lo cual motivó un lógico y generalizado éxodo de las poblaciones del interior a la costa norte. El establecimiento en estos territorios de toda una masa de perseguidos y descontentos generó importantes núcleos de resistencia (guerra de guerrillas) que propiciaron muchas bajas entre los *tercios* de Alba.

Todos los intentos de Orange de expandir el conflicto desde el norte hacia el sur fracasaron. El liberalismo de Holanda y Zelanda chocaba abiertamente con el conservadurismo de los territorios del sur. Alejandro Farnesio (1545-1592), que sustituyó a Luis de Requesens (1528-1576) como

comandante en jefe del ejército español, no dudó en aprovechar estas contradicciones para asegurarse la victoria. La fuerte y creciente Unión de Arrás (1579), una especie de coalición armada de territorios católicos de habla bajo-alemana, se enfrentaba a la Unión de Utrecht (1579), un grupo no muy numeroso pero que aglutinaba al ala más agresiva del calvinismo. En 1581, los seguidores de la Unión de Utrecht rechazaron formalmente la obediencia a Felipe II, porque, según decían ellos, «Dios no creó a los hombres esclavos de su príncipe para obedecer sus órdenes, ya fueran buenas o malas, sino más bien al príncipe para el bien de sus súbditos».

En definitiva, en los años que siguieron a los hechos que aquí hemos descrito telegráficamente observamos el fracaso del numeroso «partido» intermedio (pretendía mantener la unidad nacional por encima de divisiones confesionales), el surgimiento de una república comercial de clara impronta calvinista, extraordinariamente rica y próspera, y la intervención, como ocurría en Francia, de potencias contestarías con el hegemonismo que querían imponer los Austria. Como tendremos ocasión de ver más adelante, Felipe II consideró tan seriamente la ayuda inglesa a los rebeldes de los Países Bajos que, en 1588, fletó una enorme Armada con el propósito de conquistar Inglaterra. El éxito de esta empresa, que no es difícil imaginar hubiera significado la dominación española de Europa y, por tanto, el fracaso del protestantismo, nunca llegó a producirse. La historia pormenorizada de estos acontecimientos es conocida, y Europa, haciendo alusión al título de un brillante trabajo del profesor John H. Elliott, siguió dividida en religión y política.

### *Inglaterra bajo Isabel I y la Reforma en Escocia*

Isabel I de Inglaterra (1558-1603), que con su celibato ejemplificó el mito de la diosa Astrea en las Cortes de la Europa de la Contrarreforma y que, asimismo, inspiró el personaje de la reina de las hadas del célebre poema épico de Spenser, subió al trono tras la muerte de su hermanastra María, hija de Catalina de Aragón y esposa de su primo Felipe II. Como último miembro de la Casa Tudor, su heredero fue el rey Jacobo VI de Escocia (1567) y I de Inglaterra (1603-1625). Los principales estudios dedicados al periodo isabelino (Geoffrey R. Elton sobre todo) coinciden en señalar que el ascenso de Inglaterra en estos momentos estaría estrechamente ligado al surgimiento de una favorable coyuntura económica, capaz de ofrecer nuevos y atractivos horizontes. Sea como fuere, lo cierto es que desde mediados de siglo, en los flancos más desprotegidos del Imperio

español y portugués, los marinos ingleses (Francis Drake, John Hawkins) desarrollaron una frenética actividad mercantil y corsaria en todos los mares y océanos del globo.

Sin ánimo de negar la importancia que el comercio tuvo en el desarrollo de los estados<sup>10</sup>, no es menos cierto que la religión también jugó su baza. Como certeramente nos ha recordado Helmut G. Koenigsberger, Isabel I sacó la conclusión correcta de que «lo único que podía salvar al país de una guerra civil era un compromiso religioso que se inclinara hacia el protestantismo». Precisamente por ello Isabel rompió de lleno con la política religiosa católica de su hermanastra, en cuya aplicación se había llegado a ejecutar a más de trescientos protestantes declarados. Entre las víctimas se encontraban personalidades tan relevantes como el arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer –principal autor del *Prayer Book* (1549)– y otros tres obispos más. El resto eran «gente que no importaba» (zapateros, campesinos, carniceros). La «gente que importaba», es decir, las principales cabezas de los protestantes, consiguieron huir al continente, al norte y centro de Europa. Durante esta época en las imprentas de Ginebra, Estrasburgo y Frankfurt era frecuente encontrar opúsculos y libelos escritos por estos líderes reformistas en los que se tachaba a la reina de «tirana», e incluso se apelaba a la rebelión «contra el monstruoso gobierno de las mujeres».

Pues bien, la muerte temprana de María y la clarividencia en los asuntos de gobierno de Isabel salvaron al reino de la guerra civil, ya que la oposición política y religiosa contra su régimen crecían a pasos agigantados. Las dos primeras medidas para apaciguar los ánimos de los más rebeldes fue la de aprobar, con el concurso del Parlamento, el Acta de Supremacía y el Acta de Uniformidad (ambas son de 1559), que tenían que ser juradas por el clero y los burócratas más esquivos. Estos últimos no se opusieron, y sí lo hicieron prácticamente el conjunto del episcopado. Con todo, la obstrucción al gobierno isabelino fue desarticulada haciendo uso de una política de nombramiento de obispos fieles. Y es que Isabel pretendía establecer, sobre la firme base de un amplio consenso, una política religiosa de tono moderado (la reina señalaba que no deseaba «abrir las ventanas de las almas de los hombres»), distante en cierto modo a la del luteranismo y el calvinismo que se practicaba en el continente.

El principal punto de arranque de la Reforma en Escocia tiene su origen en los enfrentamientos entre grupos anti-franceses y pro-franceses. El líder

---

<sup>10</sup> BRENNER, Robert: *Merchants and Revolution. Commercial Change, Political Conflict, and London's Overseas Traders, 1550-1653*. Londres, 2003.

de la oposición católica fue John Knox (1510-1572), un sacerdote escocés que se convirtió en el gran reformador del país gracias a que supo combinar influencias internas (Georges Wishart) y externas (Lutero y Calvino) con unas extraordinarias dotes para predicar y ver más allá de lo establecido (siempre sostuvo que la única posibilidad de que los escoceses se liberaran de la dominación francesa radicaba en la unión de los protestantes de Escocia e Inglaterra). Sus prédicas en la mismísima frontera con Inglaterra atrajeron a tantos escoceses, que un alarmado Eduardo VI (1547-1553) le llegó a ofrecer un cargo como obispo de Rochester, lo que Knox rechazó apelando a su integridad. Pese a ello, hasta 1555 Knox no tuvo el apoyo de la facción anti-francesa de la nobleza, que durante todo este tiempo experimentó un más que notable incremento de su poder en las ciudades (Glasgow y Edimburgo fundamentalmente) bajo la regencia de María de Guisa (la heredera, María Estuardo, estaba en Francia con su esposo, Francisco II). La llegada al trono de Inglaterra de Isabel I y la muerte de María de Guisa en junio de 1560 espoleó a la nobleza protestante, que decidió convocar para ese mismo año el llamado Parlamento Reformado (acordó romper con el Papado). La situación de vacío de poder y tensión que se vivía en Escocia se complicó aún más con el regreso en 1561 (muerte de Francisco II) de María Estuardo. El derecho canónico de la época dejaba claro que María podía plantear pretensiones al trono inglés en contra de Isabel, hija del matrimonio entre Enrique VIII (1509-1547) y Ana Bolena (1533-1536). Primeramente María Estuardo intentó que Isabel le garantizara sus derechos sucesorios. Sólo cuando éstos le fueron negados decidió buscar el apoyo de España y Roma. Todos los acontecimientos que siguieron a este episodio han sido relatados muchas veces, si bien todavía sigue sin estar suficientemente aclarado cómo la reina fue forzada a la abdicación en beneficio de su hijo Jacobo. Sea como fuere, lo cierto es que en 1568 María Estuardo huyó a Inglaterra, donde Isabel decidió retenerla en base a rumores de un levantamiento católico apoyado por España en el norte de Inglaterra.

La difícil coyuntura política que atravesaba Europa en la década de los ochenta motivó un empeoramiento en las relaciones hispano-inglesas. Desde 1587, en casi todas las poblaciones de Inglaterra circulaban los rumores de una invasión violenta de España a la isla. Esta empresa, que no fue real hasta 1588 y cuyo coste total rondó los diez millones de ducados, se barajaba como el único medio de volver a catolizar definitivamente el país. Sabemos del desgraciado final de los 130 barcos bajo el mando del duque de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán (1550-1615), pero a veces se nos olvida que el detonante de la decisión del Prudente monarca fue la ejecución de María Estuardo en 1587.

*El fracaso de la política pro-católica de España*

Entre 1585 y 1598 Europa asiste a la autoafirmación del protestantismo. Más aún, durante estos trece años en Francia se instaura una poderosa monarquía centralista, al margen de los dictados de Roma. Estos hechos, que como veremos a continuación están estrechamente relacionados entre sí, demuestran el fracaso de la política pro-católica de España.

Antes de que nos detengamos en la confrontación anglo-española, que se estiró en el tiempo hasta 1604, conviene que analicemos la naturaleza de los conflictos que surgieron en Francia tras la alianza entre la Liga católica y Felipe II en 1585. El rey Enrique III, Enrique de Guisa (líder de la Liga) y Enrique de Navarra, cada vez más apoyado por el partido de los *politiques*, se enfrentaron en la llamada «Guerra de los tres Enriques» (1585-1598). Ya se ha dicho que la intervención de Felipe II en los «asuntos de Francia» se derivaba de unos intereses muy claros: había que evitar a toda costa el nacimiento de una monarquía protestante. La participación del Papa Sixto V (1585-1590) no estaba tan clara, habida cuenta de que un protectorado español sobre Francia implicaría una fuerte amenaza para el propio papado. Con todo, el Papa obtuvo la simpatía de España mediante la emisión de una bula de excomunión contra Enrique de Navarra. El propósito de este documento, que era el de aislar a los hugonotes, tuvo el efecto contrario (la incapacidad de gobierno de Enrique III y el intervencionismo de España y Roma llevó a los católicos franceses a apoyar al pretendiente hugonote).

Respecto al conflicto hispano-inglés que se produjo por estas mismas fechas ya he subrayado que la invasión de Inglaterra fue planeada para 1587. No obstante, hubo de posponerse al año siguiente como consecuencia de algunas acciones militares inglesas que se llevaron a cabo en las costas hispanas. Alejandro Farnesio (1545-1592) fue el encargado de coordinar desde Flandes la flota de desembarco al mando del duque de Medina Sidonia. La historia del desastre, con sus cifras de víctimas y barcos destruidos por la artillería enemiga y por el imponderable que siempre representa el desarrollo del mal tiempo, nos resulta conocida gracias al ya clásico trabajo de Colin Martin y Geoffrey Parker. Pese al desastre, España no sufrió una merma decisiva en su capacidad militar y logística. Esto quedó claro al año siguiente, 1589, en que pudo rechazar una contraofensiva inglesa contra la costa española y portuguesa. Mucho más serias fueron las consecuencias psicológicas del fracaso, similares a las que produjo en Portugal diez años antes la derrota de Sebastián I (1554-1578) en la batalla de Alcazarquivir o de los «Tres Reyes». En palabras de uno de los monjes agustinos de El

Escorial fue una desgracia «digna de llorar toda la vida... porque nos han perdido el miedo y... toda la buena reputación de hombres belicosos que solíamos tener.» «Casi toda España –insistía este anónimo monje– se cubrió de luto..., no se oía otra cosa»<sup>11</sup>.

Lógicamente Felipe II no fue inmune a todo este sentimiento de pérdida del *miedo* y la *reputación*. El 13 de octubre de 1588, cuando ya era evidente que el grueso de la flota se había hundido en las frías aguas del océano Atlántico, «envió una carta circular a todos los obispos para que se celebrasen oficios especiales en todas las iglesias de España para dar gracias a Dios porque no todo había sido destruido», señala Parker. Entre las súplicas del Prudente monarca también estaban las plegarias «encomendando a Nuestro Señor muy de veras todas mis acciones para que su divina majestad las enderece y encamine a lo que más fuere servicio suyo, exaltación de su Iglesia, bien y conservación de la Cristiandad, que es lo que yo pretendo»<sup>12</sup>.

Mientras tanto, en Francia Enrique III mandaba asesinar a Enrique de Guisa y a su hermano, el cardenal Luis de Guisa. La derrota inglesa y la posibilidad de una futura alianza del monarca francés con los hugonotes llevaron a Felipe II a implicarse con todas sus fuerzas en el conflicto francés. Los planes no pudieron ir peor para el monarca hispano. El asesinato de Enrique III por el dominico Jacques Clément hicieron que tanto el ejército de los hugonotes como el de los católicos fieles al monarca asesinado proclamaran rey a Enrique de Navarra. Todo este movimiento de cohesión nacional en torno a la figura de Enrique IV (1589-1610) se reforzó aún más cuando se tuvo conocimiento que Felipe II barajaba la sucesión al trono francés de su propia hija Isabel Clara Eugenia (fruto de su matrimonio con Isabel de Valois).

Como es sabido, en 1593 el rey francés decidió convertirse al catolicismo («París bien vale una misa») para salvar la unidad nacional, que no es exagerado indicar que estaba seriamente dañada desde el mismo momento que empezaron los conflictos confesionales. En 1594 fue ungido como *rex christianissimus* y, como tal, pudo entrar en París, que hasta entonces había estado ocupado por tropas españolas. Un año después, en 1595, el Papa Clemente VIII (1592-1605) se reconciliaba con Enrique IV. La ofensiva contra España y la alianza con Inglaterra, los Estados Generales y algunos principados protestantes alemanes fue la tónica de la política exterior francesa prácticamente hasta finales del siglo XVII.

---

<sup>11</sup> PARKER, Geoffrey: *Felipe II*. Madrid, 1995, p. 205.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 205-206.

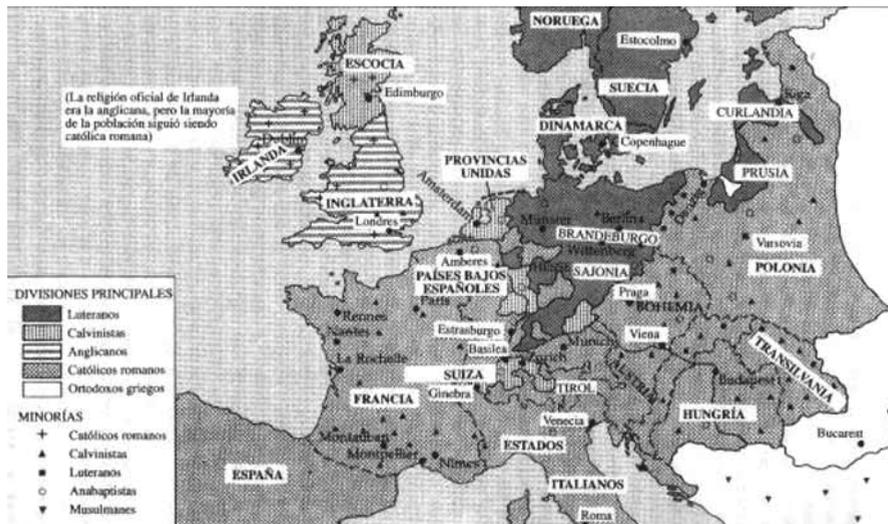
*Epílogo: Europa al filo de 1600*

El año 1598 puede decirse que fue un *annus terribilis* para la Monarquía hispánica. Felipe II, el «señor de todos los mares y océanos del Mundo», dejaba sus vastas posesiones en manos de su pusilánime hijo Felipe III (II de Portugal), más preocupado por la caza y el juego que por los asuntos de gobierno. Su sueño de una Europa católica sin fisuras, que también lo era el de su padre el Emperador, era evidente que se había esfumado con el anuncio del nuevo siglo. Enrique IV y las fuerzas que junto a él habían acabado la guerra confesional en Francia decidieron ocuparse en la reconstrucción de un país devastado por décadas de guerras religiosas, hambre, miseria y enfermedad. El renacer de la economía, el saneamiento de las finanzas, la protección de la agricultura y la restitución de la autoridad estatal, que aceptaba el principio de la biconfesionalidad, fueron emprendidos en el *esprit* de un absolutismo más centralista que antes y en la dirección de una política de impronta mercantilista a manos del eficaz ministro Sully. El Mediterráneo, un mar olvidado por los gobernantes franceses del Renacimiento, cobró un nuevo impulso a finales del siglo XVII de la mano de otro gran ministro, Colbert. La supremacía de España en Europa empezaba a ceder. Inglaterra y los Países Bajos, pero sobre todo una «nueva Francia» se hallaba a camino de convertirse en la primera potencia europea gracias a una política de autoafirmación nacional que seguía viendo a los Habsburgo católicos como su mayor enemigo.

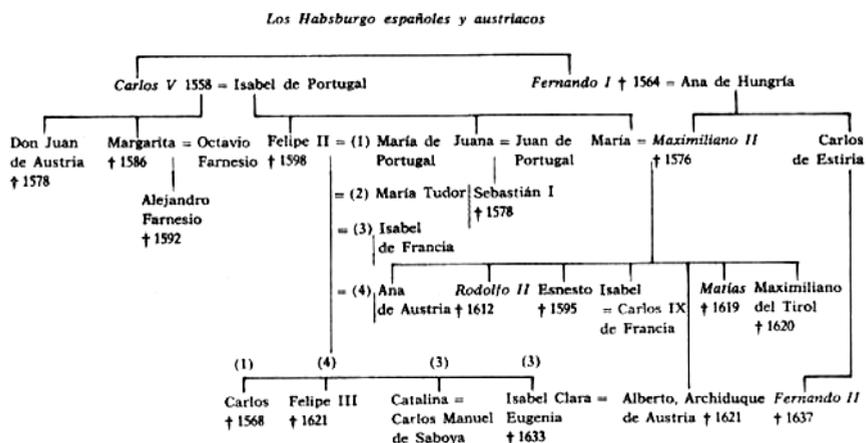
En suma, la guerra, «el gran timón en el sistema de funcionamiento político del Estado Moderno», según palabras del historiador del derecho Otto Hintze, desde 1600 se hace con mayores gastos y métodos más avanzados. Y lo que es más importante, la religión, causa principal como hemos visto en las páginas precedentes de los conflictos que tuvieron lugar en Europa en la segunda mitad del siglo XVI, pasará a ocupar un lugar secundario e incluso residual en las guerras producidas en las centurias posteriores.

*Mapas y cuadros genealógicos*

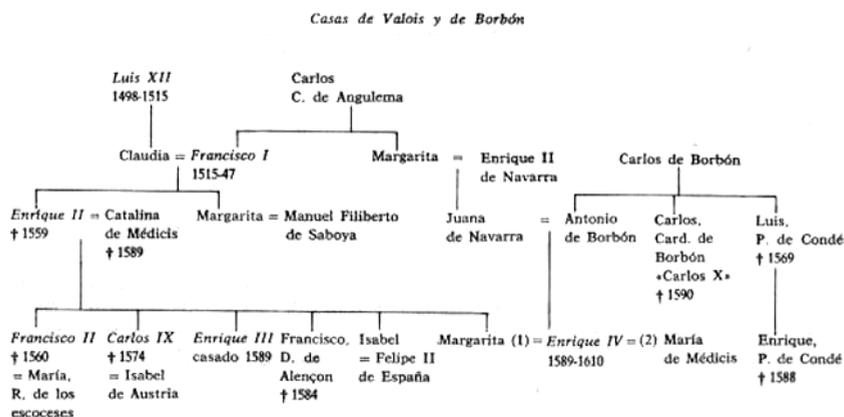
## LAS DIVISIONES RELIGIOSAS EN EUROPA



Fuente: Helmut G. Koenigsberger, *El Mundo Moderno, 1500-1789*. Barcelona, 1991, p. 96



Fuente: John H. Elliott, *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, 1981, p. 427.



Fuente: John H. Elliott, *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, 1981, p. 428.

*Cronología*

- 1555 Paz religiosa de Augsburg.  
1556 Abdicación de Carlos V.  
1557 Victoria de Felipe II en San Quintín.  
1558 Fernando I es elegido Emperador. Isabel I Reina de Inglaterra. Muerte de Carlos V.  
1559 Paz de Cateau-Cambresis, muerte de Enrique II. Acta de Uniformidad de la Iglesia anglicana. Muerte del Papa Paulo IV.  
1560 Edicto de tolerancia en Francia.  
1561 Coloquio de Poissy. Se levanta el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.  
1562 Comienzo de la primera guerra de religión en Francia.  
1562-63 Tercer y último periodo de sesiones del Concilio de Trento.  
1564 Muerte del Emperador Fernando I; sucesión de Maximiliano II.  
1566 Revuelta en los Países Bajos.  
1567-69 Ejecución de Egmont y Horn en Bruselas. Levantamientos moriscos en España. María Estuardo huye de Escocia.  
1570 Paz de Saint Germain. Bula de excomunión a Isabel I de Inglaterra.  
1571 Batalla de Lepanto.  
1572 Masacre de San Bartolomé y muerte del Almirante Coligni. Zelanda y Holanda en manos de los rebeldes.  
1573 Guillermo de Orange se convierte al calvinismo.  
1576 Pacificación de Gante.  
1576-1612 Rodolfo II es elegido Emperador.  
1578 Se reanuda la guerra en los Países Bajos. Alejandro Farnesio es proclamado comandante en jefe español.  
1579 Unión de Arrás; Unión de Utrecht.  
1580 Felipe II rey de Portugal. Las posesiones de ultramar portuguesas se anexionan a las españolas.  
1581 Desobediencia a Felipe II de siete provincias septentrionales de los Países Bajos.  
1584 Muerte del Duque de Anjou. Enrique de Navarra aspirante al trono francés.  
1585 Alianza de Felipe II con la Liga católica. Bula de excomunión a Enrique III.  
1587 Ejecución de María Estuardo. Inicios de los preparativos de una invasión española a Inglaterra.

- 1588 La Armada de Felipe II contra Inglaterra es derrotada. Enrique III manda asesinar al Duque de Guisa.
- 1589 Asesinato de Enrique III.
- 1593 Enrique IV se convierte al catolicismo.
- 1595 Francia declara la guerra a España.
- 1596 Alianza de Francia con Inglaterra y con las Provincias Unidas. Unión de Brest.
- 1598 Edicto de Nantes. Paz de Vervins entre Francia y España. Muerte de Felipe II; sucesión de Felipe III (II de Portugal).

## BIBLIOGRAFÍA

- ASTON, Trevor (ed.): *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, 1983 (1ª en inglés, 1965); «Apéndice» a la versión española de Pablo Fernández Albaladejo.
- BARUDIO, Günter: *La época del absolutismo y la Ilustración, 1648-1779*, Madrid, 1992 (1ª en alemán, 1981).
- BODEI, Remo: *Ordo amoris. Conflitti terreni e felicità celeste*, Bolonia, 1991.
- BOSBACH, Franz: *Monarchia Universalis. Storia di un concetto cardine della politica europea (secoli XVI-XVIII)*, Milán, 1998 (1ª edición en alemán, 1988).
- BOUWSMA, William J.: *El Otoño del Renacimiento, 1550-1640*, Barcelona, 2001.
- BRENNER, Robert: *Merchants and Revolution. Commercial Change, Political Conflict, and London's Overseas Traders, 1550-1653*, Londres, 2003.
- ELLIOTT, John H.: *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, 1981 (1ª edición en inglés, 1968).
- ELLIOTT, John H.: «A Europe of composite monarchies», *Past and Present*, 137 (1992), pp. 48-71.
- ELTON, Geoffrey R.: *La Europa de la Reforma, 1517-1559*, Madrid, 1987 (1ª edición en inglés, 1963).
- EVANS, R. J. W.: *Rudolf II and his world. A study on intelectual history*, Oxford, 1973.
- HINTZE, Otto: «Tipología de las instituciones estamentales en Occidente», en *Historia de las formas políticas*, Madrid, 1968 (1ª edición en alemán, 1930).
- HINTZE, Otto: «Las condiciones histórico universales de la Constitución representativa», en *Historia de las formas políticas*, Madrid, 1968 (1ª edición en alemán, 1931).
- IÑURRITIGUI, José María: *La Gracia y la República. El lenguaje político de la teología católica y el Príncipe Cristiano de Pedro de Ribadeneira*, Madrid, 1998.
- ISERLOH, Edwin: «La Reforma protestante», en *Manual de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1986, V, pp. 43-424.
- ISERLOH, Edwin: «Europa bajo el signo de pluralismo de confesiones», en *Manual de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1986, V, pp. 425-679.
- KHÖLER, Alfred: *Carlos V*, Madrid, 2000.

- KOENIGSBERGER, Helmut G.: *El Mundo Moderno, 1500-1789*, Barcelona, 1991 (1ª edición en inglés, 1987).
- KOSELLECK, Reinhart: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993 (1ª edición en alemán, 1979).
- KOSELLECK, Reinhart: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, 2001 (1ª edición en alemán, 2000).
- LUTZ, Heinrich: *Reformation und Gegenreformation*, Munich, 1982 (traducción española, 1992).
- MACKENNEY, Richard: *La Europa del siglo XVI. Expansión y conflicto*, Madrid, 1997.
- MARTIN, Colin y PARKER, Geoffrey: *The Spanish Armada*, Manchester, 2002.
- PAGDEN, Anthony: *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, 1997 (1ª edición en inglés, 1995).
- PARKER, Geoffrey: *Europa en crisis, 1598-1648*, Madrid, 1981.
- PARKER, Geoffrey: *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, 1989.
- PARKER, Geoffrey: *Felipe II*, Madrid, 1995 (1ª edición en inglés, 1979).
- PARKER, Geoffrey: *La Gran Estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998.
- PÉREZ ZAGORÍN: *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna*, Madrid, 1985, 2 vols. (1ª edición en inglés, 1982).
- PO-CHIA HSIA, Ronnie: *La Contrarreforma. El Mundo de la renovación católica, 1540-1770*, Madrid, 2001.
- REPGEN, Konrap: «What is a 'Religious War'?', en *Politics and Society in Reformation Europe*, Londres, 1987.
- RIBOT, Luis (dir.): *Historia del Mundo Moderno*, Madrid, 2006.
- RICHET, Denis: *La Francia Moderna. El espíritu de las instituciones*, Madrid, 1993 (1ª edición en francés, 1973).
- RICHET, Denis: *De la Réforme a la Révolution: Etudes sur la France moderne*, París, 1991.
- SCHMITT, Carl: «Teología política», en *Estudios políticos*, Madrid, 1975 (1ª edición en alemán, 1922).
- SKINNER, Quentin: *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, 1986, II.
- YATES, Frances: *Astrea. The Imperial Theme in The Sixteenth Century*, Londres, 1975.
- ZELLER, Gaston: *Les rois de France candidats à l'Empire. Essay sur l'ideologie impériale en France*, París, 1934.